

«VIAJE POR ANDALUCÍA».

Teófilo Gautier visitó España en el año 1840, cuando según el prologuista de la versión castellana de su obra «Viaje por Andalucía», (Zig-Zag 1947), se tenía aún la dicha de topar con salteadores hidalgos, pordioseros señoriales, contrabandistas galantes y majos altivos.

Pero su libro no resulta un noticiario cinematográfico de los que se usan hoy, sólo por estos factores ya enunciados. Hay además una técnica estilística maravillosa y una sensibilidad vibrando con un paisaje y con unos hombres que siendo vecinos de Francia son extraordinariamente diversos.

Es la influencia arábica la que salta a cada paso en la tierra andaluza sintetizada en el refinamiento de sus arquitecturas prodigiosas y en la mentalidad soñadora de sus habitantes, amalgamados también por otros factores raciales que los hacen expansivos y brillantes.

Como hombre de Francia, Gautier va recogiendo el desenfado español, su generosidad magnífica, su rebeldía a la confesión de carácter íntimo y a las regulaciones estrictas de la puntualidad y de la sordidez mediocre y organizada.

Y ocurre que con la misma precisión con que se desenvuelve su glosa administrativa de viajero culto y observador, penetra en los aspectos bárbaros de un pueblo pleno de vitalidad, calcinado por el sol y en cuya génesis han intervenido las más potentes y contrarias razas.

Así nos describe su comida el gazpacho, que es una sopa fría de agua con vinagre, salpicada de pan, cebollas, judías y otros ingredientes y que, según Gautier, en Francia sólo serían capaces de engullirla los perros; y las fastuosas corridas de toros, con sus caballejos con las tripas al aire y todos esos otros detalles que ya se han hecho clásicos en las descripciones turísticas sobre España.

La siesta española, mientras los perros transitan por las calles y los ingleses roban azulejos en la Alhambra, según el decir de los cronistas cáusticos, encuentra en Gautier, bajo el buril

de su estilo galo, su crónica brillante y magnífica que forma parte de las impresiones que un grupo de escritores franceses formularon a su regreso de España.

Es interesante subrayar que Barcelona, la capital orgullosa y progresista de los catalanes da a Gautier una impresión europea, sin vinculación con la España pasional y pintoresca y que al regresar a Francia, penetrando por la ensenada de Port-Vendres, brotan lágrimas de sus ojos, nostálgicos por las torres bermejas; las plateadas cumbres de Sierra Nevada, las adelfas del Generalife, las miradas suaves y húmedas y los piececillos y manos finas de las mujeres de España.